



Mons. Luis Versiglia

En los primeros días de febrero de 1930 llegó al centro misionero salesiano de Shiu-chow el jovencísimo misionero don Calixto Caravario (veintiseis años). Venía de la pequeña comunidad cristiana de Lin-Chow, la más alejada del centro de la misión. Tenía que acompañar al obispo Mons. Versiglia (cincuenta y siete años) a visitar sus dos escuelitas y sus 200 cristianos.

Caravario y para estar protegidos de las posibles agresiones de los piratas.

Estas precauciones se debían a los tiempos que aquella región de China estaba atravesando. La provincia de Shiu-chow, situada entre el norte y el sur, era punto de paso y parada de los diversos grupos que se hallaban en lucha entre sí. Violencias, robos, incendios, asesinatos eran cosa ordinaria de día y de noche. Resultaba difícil distinguir en las bandas que se entregaban al saqueo entre los soldados desbandados, los mercenarios, los grupos que ejecutaban asesinatos programados, los piratas que se aprovechaban del caos.

Mons. Luis Versiglia, beato Don Calixto Caravario, beato

Mártires en China



Don Calixto Caravario

23 de febrero. Los equipajes para el viaje están preparados: vestidos, ornamentos sagrados, la comida necesaria para el viaje de siete personas, que deberían servir para ocho días (para recorrer una distancia de 90 kilómetros). Partida al alba del 24 de febrero de los que viajan, el obispo Versiglia, don Caravario, dos jóvenes maestros diplomados en el Instituto Don Bosco (Thong Chong Wai, pagano; M Pan Ching, cristiano), sus dos hermanas (Thong Su Lien María, veintinueve años, maestra; M Yu Tee Paula, dieciséis años, que deja los estudios y vuelve a su familia). Está también Tzen Tz Yung Clara (veintidós años, se dirige a Lin-chow como catequista). Miguel Arduino, obispo sucesor de Mons. Versiglia, atestiguó: "A los jóvenes y las jóvenes que venían al colegio o volvían a sus familias, los acompañaban siempre los misioneros. Los padres ponían esta condición a los misioneros para dejar salir a sus hijas. En este caso, los dos jóvenes maestros, sus hermanas y la catequista habían esperado a propósito para hacer el viaje con el obispo y don

La nueva República China había nacido el 10 de octubre de 1911. El ejército dirigido por el general Chang Kai-shek, en 1927, había llevado a la China a la unidad, derrotando a los "señores de la guerra" que tiranizaban las diversas regiones. Pero la grave filtración comunista en la nación y en el ejército (apoyada por Stalin) había persuadido a Chang Kai-shek a apoyarse en la derecha y a declarar a los comunistas fuera de ley (abril de 1927). Había comenzado de nuevo la guerra civil.

La comitiva dirigida por el obispo Versiglia tomó el tren en la estación ferroviaria de Shiu-chow llegando a Ling-Kong-how, sede de una misión salesiana. El 25 de febrero, todos subieron a la barca que debía navegar contracorriente hacia el norte sobre el río Lin-chow, y llevarlos a la misión de Lin-chow, donde les esperaba la pequeña comunidad cristiana de don Caravario. El viaje en tren había durado ocho horas y media, el de la barca (para recorrer una distancia casi igual) se preveía que duraría siete días. Se había juntado a la comitiva

"Parad la barca".
Una decena de hombres
están cerca. Apuntan con
fusiles y pistolas. Gritan:
¡A quién llevan ahí".
El barquero responde:
**¡Al obispo y a un padre
de la misión".**

el muchacho cristiano Luk Apiao Pedro, de diez años, que se dirigía a la escuela de don Caravario, y una anciana catequista que debía ayudar en su trabajo a la joven Clara. Los barqueros eran cuatro: la anciana dueña de la barca, su hijo de veinte años y dos trabajadores.

La barca chica es como una pequeña casa: la proa está cubierta, pero la popa está envuelta en una especie de tienda que la transforma en la casa del que viaja. Sobre la proa pusieron un paño blanco con la inscripción Tin Tchu Tong (Misión Católica). Debía ser una especie de salvoconducto.

La barca rozó el pueblo de Pak Ngan hang, en el que había mercado. Mediodía. Sobre la barca se reza. De repente se oye un grito: "Parad la barca". Una decena de hombres están cerca. Apuntan con fusiles y pistolas. Gritan: ¡A quién llevan ahí". El barquero responde: ¡Al obispo y a un padre de la mi-

sión". Gritan: "No pueden transportar a nadie sin nuestra protección. Los misioneros nos tienen que pagar 500 dólares en billetes europeos, de otro modo los fusilaremos a todos". En aquellos tiempos, pagar de trecho en trecho un peaje a lo largo de los ríos llegó a ser una triste costumbre. Pero 500 dólares es una cifra enorme.

Se ve enseguida que se trata de un pretexto para arrestar a los viajeros de la misión, los piratas saltan sobre la barca y la registran. El niño Apio se declara hijo del barquero. La vieja catequista no recibe de ellos ni una mirada. Pero cuando los bandidos descubren a las muchachas, gritan "Nos vamos a llevar a sus mujeres". Don Caravario clarifica: "No son nuestras mujeres, sino nuestras alumnas, a las que acompañamos a sus casas". Los misioneros mantienen a los bandidos fuera de la barca. Cierran la entrada con sus cuerpos. Entonces los piratas gritan. "Vamos a quemar la



“¿No tienen miedo de morir?”

El obispo respondió:

“Somos misioneros.

¿Por qué íbamos a tener miedo de morir?”

barca". Pero la leña es gruesa y está verde, con dificultad para encenderse, y el obispo logra apagar las primeras llamas. Furiosos los piratas sacan las ramas más gruesas y verdes y con ellas inician una terrible tanda de azotes sobre los misioneros. Después de muchos minutos, sangrando y desvanecido cae el obispo. Don Caravario resiste todavía algún minuto más, luego también él cae murmurando. "Jesús, José y María...". Los bandidos se lanzan sobre las mujeres.

En tierra, los piratas ataron a los dos misioneros después de haberles registrado y robado todo lo que llevaban. "Nosotros tenemos que matarlos –gritó uno a los misioneros- "¿No tienen miedo de morir?" El obispo respondió: "Somos misioneros. ¿Por qué íbamos a tener miedo de morir?". A una orden de los piratas, los misioneros se encaminaron por la vereda que sigue el curso del río, les dispararon cinco tiros de fusil. «Son cosas inexplicables –dijeron- hemos visto a muchos. Todos tienen miedo a la muerte. Por el contrario, estos dos han muerto contentos». Eran las primeras horas de la tarde del 25 de febrero.

Pablo VI en el año 1976 declaró "mártires" a Mons. Versiglia y a don Caravario. El papa Juan Pablo II, en el año 1983, los declaró "beatos".